

LAS PRIMERAS IDEAS

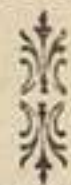
REVISTA QUINCENAL

CIENCIAS LETRAS Y ARTES

AÑO I



Montevideo, Junio 5 de 1892



NUM. 5

PERMANENTE

Siendo uno de los principales objetos de este periódico, fomentar el gusto literario é iniciar en el periodismo á los estudiantes de preparatorios, la Dirección advierte, que cada seis meses se cambiará la redacción; eligiendo el personal para ello, entre los compañeros que se hayan distinguido durante ese tiempo, mostrando mayores aptitudes.

Notas de Redacción

ADVERTENCIA

Después de haber salido á luz la composición sobre «El Campo,» que apareció en el número anterior de esta revista, hemos notado que su jóven autor nos ha sorprendido con un escrito para cuya elaboración se ha detenido demasiado en artículos literarios conocidos.

La premura con que los materiales correspondientes al número 4 de este periódico fueron enviados á la imprenta, esplica perfectamente como pasó desapercibida para nosotros, en el primer momento, la gran semejanza entre los conceptos vertidos en la composición citada, y los de un libro de lectura que todos hemos tenido ocasión de hojear en los bancos de la escuela. Esa semejanza es tan grande, tan notable, que rechaza por completo la idea de una reminiscencia.

Y como la publicación de las composiciones tiene por objeto alentar á nuestros compañeros, siendo notorio que esto no se conseguiría dando á la publicidad trabajos que

adolezcan del defecto referido, en adelante rechazaremos todo escrito que acuse *poca originalidad* en su autor.

LA REDACCIÓN.

EL CUARTO CENTENARIO

En medio á las agitaciones y amarguras de la penosa situación en que nos hallamos, prepárase una fiesta, hermosa y digna de alabanza por su objeto, á la cual debemos prestar nuestro concurso sin dudas ni vacilaciones. Trátase de festejar el cuarto centenario del descubrimiento de América; el mundo entero sale de su apatía, despertando los pueblos, deseosos de contribuir al movimiento que en conmemoración del gran acontecimiento se prepara.

La República Oriental no ha quedado atrás en el movimiento entusiasta que vá á tener lugar; como todas las iniciativas nobles, ésta ha encontrado eco en el seno de este pueblo generoso, que quiere volver á la vida en una expansión simpática y bienhechora de paz, de amor y de fraternidad.

Hoy día, cuando la rutina, el temor á lo nuevo encadena los espíritus, hoy más que nunca debemos recordar con veneración y respeto al génio ardoroso y enérgico, que, arrostrando penalidades inmensas, se lanzó á la conquista de lo desconocido, y á la exploración de mares ignotos y sin límites que la imaginación popular llenaba de mónstruos y de abismos infernales.

Hay quien se opone á la realización de las fiestas, por considerarlas inoportunas, porque el país no está en situación de emplear su tiempo y sus recursos en festejos de esta clase; no hay dinero, se dice; queremos dar fiestas y no pagamos las deudas. Desde hace tiempo viene repitiéndose esto diariamente, y sin embargo, viene el invierno,

comienzan á funcionar las compañías de ópera y el teatro se llena noche á noche, á precios relativamente exorbitantes.

Levantemos el ánimo por sobre las ruines declamaciones de la mendicidad aristocrática; á fuerza de llorar nuestra pobreza, vamos á acostumbrar á los demás al incómodo sonsonete de nuestra lamentación perpétua.

Debemos inspirarnos en las narraciones hermosas de la historia de Grecia, en la vida de aquel pueblo, fuerte entre los fuertes, que sabía reír y que sabía llorar. Allí los juegos públicos se celebraban en los días más sombríos, de mayor peligro nacional; y en los momentos aciagos de los conflictos internacionales fué cuando alcanzaron mayor grandeza y mayor suntuosidad. El pueblo Espartano supo la derrota de Leuctra, cuando se hallaba entregado á aquellos festivos, y el entusiasmo de Esparta victoriosa no decayó en Esparta vacilante.

Y sin recurrir á países tan apartados y á tiempos tan remotos, encontramos ejemplos de ese espíritu fuerte, impasible y altivo en la desgracia. Hace cuatro años, un pueblo hermano gemía bajo la fusta de tiranuelos sin conciencia, que amenazaban concluir con la potencia vital de la nación; pero la juventud no se abatió; concurría á fiestas, bailes y banquetes, sin detenerse por eso un solo instante en la marcha á la reivindicación de su libertades, sostenida, en el recto derrotero del derecho y de la justicia, por el alma vigorosa del Doctor Alem.

Si ahogados por la *oro latría*, devorados por el ansia del lucro y de la usura, ocupados únicamente de las formas más bajas y mezquinas de la lucha por la vida, nos entregamos á un desprecio ilimitado por todo lo que no tenga un resultado práctico, positivo inmediato, ó que no

proporcione ventajas pecunarias más ó menos grandes, llegaremos, desprovistos de espíritu público, de fé política y de amor á la humanidad, al deplorable extremo de aquellos historiadores de Bizancio, que contaban impasibles las glorias del pasado, sin derramar una lágrima, sin lanzar un grito de entusiasmo, sin que la fuerza de la pasión y de la energía, descompusiera una sola línea del suntuoso ropaje de su estilo decadente.

El cuadro de nuestra situación, se recarga con tintes demasiados sombríos, para ser reales. Elevándonos á las esferas de la meditación serena, comprenderemos cuán despreciable es el bienestar ficticio del pasado, sabremos despreciarlo, y envueltos en las brumas otoñales de nuestra situación, diremos como Stechetti: *Che tu sia maledetta ó Primavera!*

El Superior Gobierno piensa gastar algunos miles de pesos en las fiestas del centenario y no debe ser por ello censurado. No es dinero mal gastado el que se emplee en dar realce á esa explosión legítima del entusiasmo universal.

Colaboración

PENSAMIENTOS

Cuando la humanidad lo ignoraba todo, los hombres dijeron: *Somos almas, y nuestro destino es el cielo.* Cuando la humanidad supo algo; se preguntó ya: *¿ Á donde vamos? ¿ Que somos?* Nuestra época, que sabe mucho, ha llegado á preguntarse: *¿ Vamos á alguna parte? ¿ Somos algo?*

?

La humanidad es como un crisol de barro, en que la

experimentación y la idea dan el precipitado insoluble de la ciencia, y de las cosas y su progreso. Si reflexionamos en la posibilidad de que ese crisol se convierta en un límpido cristalizador, y lo insoluble en soluble, nos convenceremos de que, aun cuando cambiaran en realidad de forma y naturaleza, esa conversión, ese cambio, serían absolutamente relativos, y la misma reflexión nos haría concebir á *todo*, transformándose en escala ascendente indefinida, y encerrando siempre en cada una de sus gradas sucesivas una misma profunda interrogación.

?

La verdad menos vulgarmente convencional de la razón de las cosas, es el *estado de intermedio*. Tomemos dos superficies cónicas unidas por sus vértices, formemos una cadena superponiéndoles de dos en dos por las bases, y figurémonos las cosas y las ideas desarrollándose en hélice, siempre en el mismo sentido, por aquellas superficies en que se desconoce el equilibrio, de formación unas, otras de disolución de convencionalismos; cuando lleguen á la parte mas delgada, que suele ser la de mayor condensación y seguridad relativas, ese es el estado de intermedio.

Nuestra ciencia actual sería el estudio del estado de intermedio, cuya disolución comienza, en que vivimos.

?

El hecho de que nada fuera cierto, de que nada existiera en realidad, no dejaría de ser una broma algo pesada, y sobretodo algo tonta. Un astro; por ejemplo: ¿No sería un verdadero tonto al aparentar existir y brillar, no brillando ni existiendo realmente?

Es cierto: debe consolarnos un poco la idea de que *la nada sería la tontería de las cosas*.

?

El adelanto de la Ciencia no es otra cosa que la sustitución de unos problemas por otros problemas. Sin la creencia, el hombre permanecería siempre mudo ante la inmensa interrogación de las cosas.

Y con la creencia, respondería un disparate.

De modo que ¡Estamos lucidos!

?

El hombre siempre se ha revuelto y se revuelve entre dos extremos convencionales: la ignorancia y la sabiduría. De una podría decirse que es como la oscuridad, que no permite á nuestra vista percibir; la otra me recuerda el brillo excesivo que deslumbra. Solo el crepúsculo de un medio parece serle propio. Tal vez por eso ha necesitado dos manifestaciones de fé, una para ese medio, otra para los extremos, aunque al fin, en el fondo, las dos, fé; y por eso también, indudablemente, tan pronto le oímos hablar de progreso, como de desesperación; de duda, como de certidumbre; ya de tristeza ó de alegría; responder *si* como contestar *no*.

?

Si el placer y el dolor no fueran convencionales; si la risa y el llanto no fueran hijos de esos convencionalismos; si no dependieran de nosotros lo cómico y lo trágico. ¡Qué interesante problema sería el de resolver si el mundo es en realidad trágico ó cómico!

?

Cuando se sale de la normalidad, se ensanchan las ondas inteligentes, y la duda comienza, también aparece la esperanza. ¿Qué es *esa* esperanza? En los hombres, si aquella no fuera por completo vulgarmente convencional,

sería posible decir que es *la manifestación de las reminiscencias de certeza, trasmitiéndose por herencia.*

Angel Carlos Maggiolo.—Carlos Vaz Ferreira.

LA FÉ POLÍTICA

Discurso leído por Juan A. Ramirez en la primera velada organizada por los estudiantes de la Sección de Enseñanza Secundaria

Señores:—Decía el general Foy en una sesión memorable de la Cámara de los Pares, que las palabras *honor* y *pátria* tenían siempre inmensa repercusión en toda la Francia.

Yo creo, señores, que puedo repetir la frase del orador de espada con relación á mi pátria sin exponerme á ser acusado de inexactitud; aquí como en Francia, como en todos los pueblos viriles, los acentos patrióticos no morirán en el estrecho recinto de una sala; saldrán á enardecer los espíritus y á reanimar la llama del sentimiento nacional que se debilita falta de oxígeno, en una atmósfera viciada por el más desconsolador abandono.

Y no es necesario entre nosotros el recuerdo de este sentimiento; sumidos los políticos en luchas con enfermedades gravísimas, fatal resultado de las bacanales del pasado, consumen sus fuerzas en combates interiores, sin remontarse á las esferas de la política internacional; es triste decirlo pero es muy cierto, que gran número de personas sensatas se hallan en la persuasión de que si tenemos existencia independiente lo debemos á la paternal condescendencia de nuestros vecinos, los estados Argentino y Brasileiro.

Seremos pues nosotros, será la juventud la encargada de hacer renacer el sentimiento nacional, y si no lo hace, si acepta el desprecio reinante por las agitaciones interna-

cionales, sucederá aquí lo que sucedió en Atenas durante la decadencia, que se utilizaba á los extranjeros como soldados y á los ciudadanos como siervos.

Pero no llegaremos á ese extremo; no seguiremos nosotros á la generación que nos precede en esa desconfianza de sus propias fuerzas, en esa convicción de su debilidad y no la seguiremos porque esa convicción no tiene razón de ser. Los estados existen no por una ley dictada por el hombre, sinó porque así lo exigen las leyes naturales; existen porque no es posible la reunión de naciones que se separaron por antagonismos de carácter, de clima, de costumbres.

Así como los cuerpos mas cercanos en la série electroquímica son los que poseen menos afinidad, en América parece que los pueblos mas cercanos son aquellos de caracteres más antagónicos. Analizando el carácter del oriental del argentino y del brasilero encontramos entre ellos diferencias radicales, casi inexplicables. Y si del carácter pasamos á las condiciones geográficas de nuestro país, del Brasil y de la República Argentina, vemos que existen tambien diferencias muy notables.

Con esos antagonismos se hace casi imposible un atentado contra nuestra libertad. Aunque no aceptemos en un todo el criterio histórico-filosófico de Montesquieu, que establece el fatalismo del clima, es preciso admitir que el clima de un país influye de una manera poderosa en el carácter del pueblo que lo habita y que no se pueden implantar instituciones iguales en pueblo de caracteres diferentes. Es por eso que podemos tener la seguridad de que al otro día del triunfo nuestros opresores tendrían que devolvernos la libertad, porque las leyes naturales se impondrían á las que dictara una nación; por que ésta

tendría que convencerse de que es inútil legislar para el pampero.

Y aunque estas diferencias de naturaleza no existieran ¿seríamos dominados? De ninguna manera.

En épocas de efervescencia, cuando el patriotismo se vé amenazado, el pueblo más débil se levanta imponente, hierve su sangre con todo el fuego de la leona que defiende su prole, lánzase á la lucha desesperado, sublime, con la resolución inquebrantable de *vencer ó perecer en la demanda*.

En esas crisis decisivas, en esos momentos supremos de la vida de los pueblos, los más débiles, repito, encuentran fuerzas para defenderse. Todo constituye un arma en esos momentos, arma es la lira de Tirteo, arma la desesperación de Thiers, arma el grito sublime del soldado que según la expresión de Victor Hugo, completaba á Leonidas con Rabelais en las postrimerías de la batalla de Waterloo.

Cuando la Europa se coaligó contra la revolución francesa, el pueblo francés no vaciló en aceptar la lucha contra el continente, encontró fuerza en la conciencia de su misión de redimir á la humanidad y el fuego de los cañones de Valmy coloreó el horizonte con los hermosos reflejos de la aurora de la libertad.

Pero, para que ir á buscar ejemplos en los anales históricos de otros países, cuando los tenemos en la historia nacional. En lucha aún con la madre pátria nuestros antepasados tuvieron que aplicar todas sus fuerzas á combatir la tendencia absorbente de los estados vecinos. Las huestes de Artigas se hicieron respetar por el comité centralista de Buenos Aires y despues de pasearse victoriosas por los litorales paralelos del Uruguay se inmortalizaron en la sublime resistencia al lusitano.

Cayeron los héroes de esta defensa legendaria, pero la esclavitud fué corta; treinta y tres patriotas continuaron la obra de Artigas en las batallas de Sarandí y de Ituzaingó.

Así pues en nuestra historia encontramos ejemplos de resistencias victoriosas á poderes superiores, porque es indudable que las fuerzas que sostenían la bandera del centralismo porteño eran superiores á las de los que corrían á la muerte por la independencia del suelo pátrio al mando del gran caudillo oriental.

Por otra parte, señores, la historia de la civilización nos enseña que las buenas causas triunfan al cabo, aunque peligren momentaneamente. En la revolución inglesa de 1648, la buena causa sufrió grandes alternativas de felicidad y de desgracia, y solo después de muchísimos reveses la revolución apareció triunfante y llena de gloria, fundiéndose los hielos que separaban al mundo del amplio mar libre del derecho moderno.

En la revolución francesa observamos un hecho análogo. Desde el nacimiento de la convención sus miembros se dividen en dos partidos que representan tendencias radicalmente opuestas: la Montaña república de sangre; la Gironda, república de amor.

En el período álgido triunfaron los hombres de acción. Impotentes para contener el desborde revolucionario y demasiado virtuosos para acompañarlos, los Girondinos sufrieron la muerte por la humanidad, arengando al porvenir desde el cadalso en las estrofas de la Marsellesa.

Y el porvenir ha respondido. Hoy no se aceptan las ideas de Robespierre y de Saint Just; no se aceptan tampoco las del déspota que aduló á la revolución, para perderla. Han triunfado los Girondinos, esos poetas enamorados de

la revolución. La historia condena á Robespierre y á Bonaparte y mirando impasible á Santa Elena, llora sobre la tumba de Vergniaud

No hacemos pues lirismos, al decir con el doctor Zorrilla de San Martín que en las modificaciones que sufra la carta geográfica sud-americana podremos absorber pero no ser absorbidos.

Pero sobre todo, no perdamos la fé política, no racionemos acerca de la mayor ó menor seguridad de nuestra existencia independiente. En esta cuestión es que debe hacerse lo que dice Schiller: evitar que la sabiduría, hija del polvo, mate á la inspiración hija del cielo.

Desde que Milciades rechazaba el auxilio extranjero por que no perdiera su patria el primer puesto en la lucha contra Persia, hasta que Palafox se immortalizaba en Zaragoza resistiendo al poder Napoleónico, la fé política ha sido un arma poderosa de las naciones en peligro.

A raíz de la segunda restauración, la Francia aparecía humillada por las potencias coaligadas. En el congreso de Viena se daba el espectáculo curioso de un congreso de derecho público en el que uno de los delegados sostenía que el derecho nada tenía que ver allí, y esa proclamación de la fuerza prepotente ocasionó grandes desgracias á la sublime vencida.

Pero apesar de esas desgracias Francia se levantó pocos días más tarde con todo el esplendor de su glorioso pasado; por qué? Porque sus hijos no habían perdido la fé política, porque jamás retrocedieron ante el enemigo, porque á la vista del general Bluchez, el Ministro Decazes arrancó la feróz orden del día del buitre prusiano por la que se permitía á todo soldado hacer fuego sobre el pueblo, al menor insulto de este.

Yo sé bién, señores, que la situación en que nos hallamos no es la mas aparente para confiar en la estabilidad de nuestra independencia. Estamos en una época difícil y dolorosa de transformación, en la que tenemos que luchar para evitar la decadencia, ese linfatismo incurable de los organismos sociales.

Para que esa situación se modifique tenemos que unirnos; es necesario saber sacrificar ambiciones personales y preocupaciones de partido ante el peligro de la patria enferma, es necesario que inscribamos en nuestra bandera, no el lema de Danton—audacia, audacia y siempre audacia, sinó el lema de los pueblos sensatos: Unión y fraternidad.

Y cuando eso suceda, cuando desaparezcan los ódios entre hermanos, que son una comprobación de la existencia del hombre lobo para el hombre, de Hobbes, entonces nada podrá oponerse á nuestro paso y podemos exclamar como el guerrero :

Adelante, paso de vencedores !

He dicho.

CUADROS CRIOLLOS

POR DON DOMINGO ARENA

Leído en la velada de la Sección de Estudios Preparatorios de la Universidad de Montevideo.

(Conclusión)

IV

No se podía esperar otra cosa. El pobre Juan fué echado en seguida sin que bastaran las lágrimas de Gervasia y las súplicas de todos para ablandar á don Yuca, porque aquel hombre podría perdonar ofensas más ó menos graves, pero nunca perdonaría que le deshicieran, en el momento en que iba á clavarle el diente un pastel que había amasado hacía tanto tiempo, durante los mejores años de

su vida, y eso precisamente había hecho Juan, desbaratándole el casamiento que tenía proyectado con su sobrino, y quitándole así la tutela de sus poblados rodeos de excelente ganado, causa de aquella tan antigua combinación.

Juan, al ser arrojado del lugar donde tan hondamente se habían arraigado sus afecciones, sintióse conmover todo como árbol que se arranca violentamente de la tierra en la que deja sus raíces y con ellas la vida. No comprendía la existencia sin el calor de las miradas de Gervasia, y al tener que apartarse de su lado para siempre, agrandaba mas su desesperación el recuerdo de la felicidad completa que había gozado un momento; que creyó duraría siempre y que no comprendía con que derecho se la arrebataban, de la misma manera que un niño no comprende como puede arrebatársele el precioso juguete que tuvo entre sus manos.

Y así anduvo mucho rato, meditando con sombría insistencia en estas cosas tristes, mientras resonaban los cascos de su caballo en el pedregoso suelo, hasta que con la inteligencia cansada y casi extraviada por tantos negros pensamientos, cayó en una idea extraña y fija, propia de ciertos estados absurdos del espíritu, ocurriéndosele pensar por qué su caballo no pisaba la sombra que se le escurría velozmente de entre las patas.

Trotando siempre, iba dejando la sierra, que presentaba trechos irregulares alumbrados por la luna, alternando con gargantas oscurísimas llenas de arbustos y de árboles, por entre los cuales, pequeños torrentes, formados por las lluvias de los últimos días, corrían produciendo al saltar por las piedras una música arrulladora.

Por el camino, de distancia en distancia, vacas rumiando echadas en el suelo, se levantaban perezosamente para

darle paso, golpeando con impaciencia la cola en los cuartos en son de protesta contra el trasnochador importuno. A los lados, las lechuzas paradas sobre los redondos hormigueros, con los ojos grandes y fosforescentes, lanzaban sus desapacibles graznidos, y los dormilones, volaban lenta y silenciosamente, haciendo círculos alrededor de él.

Después de atravesar la portera casi volteada por el temporal, y pasar la mina abandonada, llegó á la costa del arroyo, donde el suelo se iba haciendo más y más húmedo, hasta volverse un bañado crecido por el desborde de la zanja que lo atravesaba.

Lo pasó rozándose con las altas y cortantes pajas que lo cubrían, y castigando á su caballo, que todo encojido y asustado por los pinchazos y por el canto monótono de las ranas, miraba á los lados, y hundía con desconfianza las patas que se adherían chapoleando en el pegajoso lodo.

Al concluirse el bañado subió una pequeña cuesta de arena, y á pocos pasos se encontró con las aguas del arroyo crecido que llegaban hasta allí.

Orgullosa como palurdo enriquecido de repente corría roncando con fuerza, inundándolo todo con las turbias aguas que habían lavado los campos y arrastrando, entre borbotones de espuma troncos que avanzaban dando vueltas, ramas, camalotes y toda clase de desperdicios.

Nadie hubiera conocido en aquel súcio coloso al arroyo resguardado de montes, con sus límpidas aguas pasando á saltos por encima de las piedras. Del monte casi totalmente anegado, solo se veía las copas de los árboles, donde habían hecho campamento los miles de pájaros desalojados de sus nidos. Las islitas completamente hundidas, mostraban apenas las puntas de los más altos sarandíes, encorvadas por la corriente; y de las piedras no

quedaban ni rastros. Solo el remolino estaba allí, transformando en enorme embudo donde giraban rápidamente la espuma y la resaca.

Aquello tenía un aspecto imponente pero Juan no vaciló, y sin tomar ninguna de las precauciones que aquel peligroso paso exigía, espoleó su caballo que había empezado á tomar agua.

Este, al principio, entró sin dificultad, pero al sentir que el agua le azotaba los flancos se paró y olfateando con miedo sacudía la cabeza á cada rebencazo, encabritándose sin avanzar. Pero al fin acosado por las espuelas entró de golpe, y al perder pié estiró el pescuezo, echó las orejas para atrás y empezó á nadar rápidamente, dando pequeños resoplidos para evitar que el agua que cortaba con el pescuezo le entrara por las narices—al mismo tiempo que Juan se dejaba resbalar por un lado sujetándose por la crin.

Avanzó bien unas cincuenta varas, pero al aproximarse al centro del arroyo, se esforzó inútilmente para seguir derecho. Poco á poco fué inclinando el anca hácia abajo, hasta que, dando el frente á la corriente fué arrastrado por, ésta y llevado al gran remolino, donde caballo y ginete giraron durante algunos segundos.

De repente, el caballo, haciendo un violento esfuerzo salió del remolino, pero Juan aturdido, demasiado pesado con sus botas y ropas llenas de agua y sorprendido por la inesperada sacudida, no pudo seguirlo y quedó allí, hundándose en seguida.

Un segundo despues asomaron un brazo crispado moviéndose desordenadamente y una cabeza con los ojos muy saltados y la boca desesperadamente abierta por las ansias de la última inspiración que ahogó el agua turbia.

Y despues... la espuma y la resaca siguieron girando en el gran embudo. Solo se oían los resoplidos cada vez más lejanos del caballo arrastrado por la corriente, y los ladridos, que parecían carcajadas, de un lobo que de cuando en cuando asomaba su achatada cara, mientras que por un fenómeno de óptica frecuente, producido por el movimiento de algunos cirrus blanquecinos, la luna, que había alumbrado aquella horrible escena, parecía correr vertiginosamente en el cielo para esconderse detrás de una nube próxima.

V

Al año siguiente y con una tarde magnífica de primavera, empezaron á juntarse en la estancia de don Yuca, los gauchos que debían tomar parte en las hierras del otro dia. De noche como el año anterior, rodearon el asador en la extensa cocina, y otra vez como entonces, acabada la cena, y comenzado el ma'e, el Tio Chico tomó la palabra con el tono que le era habitual.

Pero no habló como otras veces de combates en los chilcales, ni de sorpresas de campamentos, sinó que contó los amores desgraciados del gauchito Juan con la patronita Gervasia. Contó cómo al ser echado de la casa se dirigió al rancho de su madre que estaba del otro lado del arroyo, en el que lo encontraron ahogado á los pocos días, enredado en las ramas de un guayabo. Además habló de la muerte de la viejita madre de Juan á causa del desgraciado suceso, y de la resolución de Gervasia que no había vuelto á salir de su cuarto llorando en silencio el trágico fin de sus amores; y sus palabras impresionaron profundamente á aquellos sensibles paisanos.

Sin embargo, como otras veces, se cantaron «tristes» y se jugó al truco, pero no pocos al acostarse en los reca-

dos, dedicaron á su manera, una plegaria al alma del difunto.

Al otro dia las marcaciones se efectuaron como siempre entre chistes y carcajadas sin que por eso no se echara de menos á ratos la ausencia de el que tanta animación dió otros años á aquellas fiestas. Como el año anterior, Gervasia estaba á la ventana mas hermosa que nunca con sus demacradas facciones hundidas en la suelta y renegrida cabellera. No sonreía, y sus pupilas sin brillo detrás de los párpados entreabiertos, miraban sin vér.

Es que los pilluelos estaban muertos!...

Mientras tanto don Yuca, impasible, sentado al lado de la manguera, y con su eterno pucho detrás de la oreja, no pensaba mas que en seguir señalando en su tarja los animales que se marcaban.

LITERATURAS ORIENTALES

POR

HORACIO GARCÍA LAGOS (hijo)

(Conclusión)

III

EL PUEBLO HEBREO

Cerca de la India, sobre un suelo árido y desierto, vegetó un árbol poderoso, de inmensas ramas y semilla eterna, cuyos frutos aún hoy saboreamos. De cómo en suelo tan triste y seco, de cómo en tierra arenosa, creció aquel árbol, nada sé, y solo el fatalismo ⁽¹⁾ de Bossuet quiere explicarlo diciendo que aquella tierra mala, fué regada, mas no por lluvia ni por llantos; que aquellas hojas fueron acariadas, más no por mano humana, y que no fué tampoco esta la que carpió el pedregoso suelo, sino que una mano

⁽¹⁾ Llamo fatalismo á la doctrina del padre del providencialismo, por creer que es tan fatalista como las demás. (Véase Laurent, ultimo tomo.)

poderosa fecundó la semilla, le dió alas, y con húme las caricias la ayudó, enderezando sus primeras ramas, que débiles y blandas se torcían en sus primeros esfuerzos, cortando las que reincidentes dañaban á la belleza de la obra y conservando con fidelidad inmensa los sabrosos frutos que con tanto cuidado derramó en todo el mundo.

Ese árbol inmenso de pequeña semilla dió frutos muy sabrosos: el árbol fué el pueblo hebreo, las frutas, sus grandes escritores.

Dejemos á un lado si fueron ó no inspirados por la divinidad y observémos, admirémos sus grandes obras, gocemos en recordar la sencillez y extraño estilo de los libros de Moisés, meditemos sobre el inmenso mérito de sus obras y ensalcémos la sabiduría de Salomón y sus bellísimas producciones.

David, el gran lírico hebreo, no tiene rival en la antigüedad, y con razon dice De Maistre al comparar á David » con Píndaro: « ¿qué se nos importa hoy día de ninfas y de » dioses que solo fueron de interés en aquellos tiempos, » que bellezas encontramos? Ninguna: y sólo por fuerza de » voluntad es que se leen esas obras mientras que las de » David, jamás concreto, siempre generalizando, siempre » humano, nos pintan, en bellísimas imágenes, hechos y » lugares verdaderos, la Jerusalem que él canta es la que » hoy conocemos y, con suma razón ha dicho un escritor » que sería más cuerdo el que buscarse el Peloponeso en » el Perú, que el que lo hiciera en Mcree. »

Dice muy bien Cantú, que los salmos de David no tienen una línea que no pertenezca á todos los tiempos y á todos los hombres; teniendo por lo tanto mucho más mérito el contar lo material que el entregarse sin límites á la fantasía.

Jeremías, Job y muchos otros son también dignos de nota, el primero famoso por sus lamentaciones, el segundo por sus legendarias desgracias también cantadas y que tanta impresión hacen en el ánimo del lector por su estilo y por su fondo.

IV

LA CHINA

Al estudiar las primeras sociedades encontramos que sus costumbres y creencias en un principio son puras, que sus primeros reyes fueron tan justos y sabios que vistos por sus sucesores al través de la poderosa lente de los tiempos y de su imaginación, los creen santos.

Estos mismos sucesores van poco á poco olvidando ejemplos tan morales, van de concesión en concesión, de falta en falta, degenerando, se van borrando de su mente los principios de moral eterna que sus abuelos tanto cultivaron; llega por fin un momento en que el olvido es completo, ya ni el remordimiento les queda, inmensa nube oscura, inmensa nube de sofistas, oculta y disfraza el pasado, justificando y perdonando los errores del presente; es entonces el momento en que un hombre, sea ó no divino, aparece; un hombre que ha tenido la felicidad de conocer lo que fueron sus padres, que ha alcanzado á comprender las sabias máximas que aquellos profesaron, y, haciéndolas atravesar la espesa nube que media entre ellas y el presente, toma sobre sí la gloriosa obra de enseñarlas á sus hermanos, de regenerar á la sociedad. ¡Obra grandiosa, obra de titanes, pocos son los que han tenido el valor de emprenderla y menos aún, aquellos que te han hecho duradera!

La China tuvo uno de esos hombres, Confucio la salvó

de inminente ruina, no solo con sus máximas, sino también con la austera rigidez de sus costumbres.

Laotzen con sus doctrinas metafísicas quiso hacer de los chinos hombres contemplativos, quiso inculcarles las doctrinas indias; pero tan exótica semilla no echó raíces, mientras que las tres famosas máximas de Confucio, siendo más humanas, quedan aún hoy grabadas en los corazones chinos.

Escribió cinco libros que son una recopilación de máximas antiguas y de otras, hijas de su propio estudio.

Confucio fué demasiado grande para su época y esa misma grandeza es la causa del atraso actual, pues viéndolo tan grande han querido adorarlo y, por respeto, no se han apartado jamás de sus enseñanzas.

Hoy parece, sin embargo, que están adelantando un poco.

V

ULTIMA PARTE

Creo inútil, aún cuando confieso que no estaría fuera de lugar, un estudio sobre las novelas chinas, sobre esas novelas que, siempre sobre el mismo tema, ruedan al rededor de él, como la rutinaria tierra en torno de su fiel esposo.

El teatro chino, obsceno en extremo, ofrece pocos atractivos y en cuanto á la sencillez infantil de la poesía Japonesa, no diré nada.

Y, ahora que me acuerdo, ¿dónde he dejado al teatro indio, á ese camaleón de todos los colores, á ese políglota, á esa semilla del griego y de otros muchos?; ¿dónde á So-roastro y su cohorte?; ¿dónde á la literatura de los grandes mercaderes? En verdad, no estoy seguro, más si tanto os empeñais, os diré que parte en Cantú y parte en el tintero.

Como habrán podido observar, Vd. Sr. Catedrático y Vds. mis queridos amigos, esto no tiene ni siquiera las pretensiones de una conferencia; falté á mi palabra el lunes de Pascuas, el Sr. Catedrático me dió una semana más y con asombro me encontré en Jueves sin haber leído ni escrito una línea, y, á pesar de que «el que hace una hace ciento» no quise faltar de nuevo.

Presento pues estas líneas, solo como un medio de salir del paso, sinó airoso, al menos *sin vergüenza*.

Horacio García Lagos (hijo)

Montevideo, 24 de Abril de 1892.

Á AMÉRICA

(SONETO)

Hoy canto á tí, glorioso Continente,
Pátria de esforzadísimos varones;
Canto á tí, que supiste con fiereza,
Destrozar de la Iberia los leones,

Y que al alzar bizarro tus pendones
Para prestar consuelo al afligido,
Tuviste compasión para el vencido,
Después de derribar sus escuadrones.

No tachará jamás nadie en la historia
Tu proceder por causa tan sagrada,
Mostrándote asaz noble en la victoria;
Pues la de defender tu tierra amada,
Cubriendo tus pendones con la gloria,
Siempre fué del sensato venerada.

E. A.

Sección Científica

Á CARGO DE ANGEL CÁRLOS MAGGIOLO

Máquina eléctrica Wimshurst—En nuestra « Sección Científica » del número anterior, publicamos la série de

experimentos importantes por todos conceptos del Señor Trenger, en los que empleaba una máquina de electricidad estática de reciente invención, que goza de propiedades notables.

Tal es la de Wimshurst, cuya parte móvil consta de un disco de vidrio provisto de sectores de estaño, montado sobre un eje con manivela.

A cada lado del disco y paralelamente á él, se fijan dos sectores de vidrio. Estos cuatro sectores, cada uno de ellos recubierto en parte de papel de estaño, se encuentran situados según dos diámetros rectangulares.

Sobre el papel de estaño y aisladas de él eléctricamente, van cuatro escobillas metálicas que tocan al disco móvil en cuatro puntos distantes 90° y situados alternativamente sobre cada cara.

El conjunto de los sectores y escobillas constituye la parte fija de la máquina.

Cuando se dá vueltas al disco, saltan chispas entre las bolas del excitador dispuesto como de ordinario; pero ese fluido no puede ser almacenado en un condensador, es incapaz de cargar una botella de Leyden.

Experimentos electrométricos han demostrado que la electricidad producida en esas condiciones es alternativamente positiva y negativa, es decir, que la máquina produce corrientes alternativas.

Si se suprimen 2 sectores, obtiéndose una corriente continua, y así la máquina puede cargar la botella de Leyden.

Investigaciones bacteriológicas. —Investigaciones efectuadas por el M. de agricultura de Washington, tienden á probar que el perfume especial, peculiar de clase de tabaco y que se desarrolla sobre todo durante y después de la fermentación, es debido á acciones ejercidas por bacterias.

De manera que cada especie de tabaco tendría la suya característica, é *inoculando* la correspondiente á un tabaco fino en uno ordinario, antes de la fermentación, se daría á este último el gusto y aroma del primero.

Si el hecho fuera cierto, como parece serlo, además del adelanto que importaría bajo el punto de vista científico, determinaría cambios notables en la industria y comercio de aquel producto; los fumadores estarán de parabienes cuando se les venda tabaco ordinario *superiorizado* al mismo precio que hoy se vende el tabaco de baja calidad.

Nuevo cable telefónico.—La perfección en la transmisión de las comunicaciones telefónicas á grandes distancias depende del producto de la capacidad del cable por su resistencia eléctrica. Cuando este producto es menor que 12.000 la línea se halla en buenas condiciones. El Sr. Picon ha propuesto para obtener un resultado satisfactorio y posible á la vez, dar al cable la disposición siguiente:

Fraccionar la parte conductora de aquel en dos, de modo á obtener dos conductores de cobre, cuya sección sería una media luna, separados entre sí por una sustancia dieléctrica, que además los envolviera.

Con una de las extremidades de uno de los conductores se enlazaría el transmisor; la otra quedaría libre. El segundo conductor llevaría en su extremidad vecina al extremo libre del primero, el aparato receptor, permaneciendo libre la otra, como en el primer caso.

El receptor y el transmisor, se enlazan directamente en el mar.

Con esta disposición, estando sumergido el cable en el agua, formaría un condensador y se tendría una línea telefónica ventajosa, bajo el punto de vista de la claridad de los sonidos transmitidos.

Crónica Universitaria

El Dr. Quintela recientemente llegado de su viaje á Europa, ha manifestado á varios amigos que renunciará la cátedra de Zoología y Botánica de esta sección; en cuyo caso se llamará á concurso para proveerla, dejándose entretanto encargados de dicha aula á los Sres. Abreo y Carlosena.



Se ha fijado por el Consejo Universitario, el 13 de Julio para que tenga lugar la colación de grados; pero es casi seguro que se postergará hasta el 25 de Agosto á fin de que terminen sus exámenes y pruebas los doctores que deben graduarse.

Se calcula que se graduarán 15 ó 16 doctores en Derecho, 4 ó 5 en Medicina y 4 ó 5 Ingenieros. El número de Bachilleres pasa de 50.



Se está haciendo yá, la impresión del Reglamento de Enseñanza Secundaria y Superior con las reformas introducidas y de que nos hemos ocupado en el núm.^o anterior.

Será repartido á todos los estudiantes.



Por disposición superior se ha establecido que los exámenes de Ingreso empiezen el 27 de Junio, á fin de terminarlos ántes del 1.^o de Julio en que darán principio los universitarios.



La inscripción para los exámenes complementarios del próximo período, está abierta desde el 1.^o de este mes hasta el 20.

La inscripción de los estudiantes de Derecho, Matemáticas y Preparatorios se hará en la Tesorería de la Universidad de 10 á 12 a. m. y de 3 1/2 á 5 p. m.